



La otredad en el vínculo terapeuta/paciente dentro del campo clínico.

Trabajo final de grado.

Estudiante: Juan Ignacio Caraballo

Ciudad: Montevideo

Fecha: 24/2/2022

C.I: 5.261.414-4

Tutor: Wiston Ríos

Revisor: Paribanú Freitas

Índice.

Resumen.	2
Introducción.	3
1.El encuentro con el otro en el campo clínico.	4
1.1 Dentro del encuadre:	4
1.2 El vínculo terapeuta/paciente:	7
2.La otredad como obstáculo en el campo clínico.	10
2.1 La extranjería del otro:	10
2.2 La crisis del terapeuta:	12
3. El encuentro como una oportunidad transformadora.	17
3.1 La lógica del Uno/ La lógica del Dos.	17
3.2 Lo vincular como producción.	20
Conclusiones	23
Bibliografía	25

Resumen.

En la presente monografía se abordará el concepto de la otredad vinculado a la influencia que puede tener sobre el vínculo terapeuta/paciente y por ende sobre el proceso terapéutico en sí. De esta manera se presentarán distintas perspectivas sobre una misma cuestión, la otredad, a través de un recorrido sobre los conceptos que están vinculados directamente con la noción problematizada. Desde la noción de encuadre que enmarca la situación, hasta el concepto de la diferencia radical la cual engloba los aspectos singulares e identificatorios del sujeto, se verá cómo la otredad condiciona varios aspectos dentro del proceso terapéutico, y además se observará, que según cómo uno se posicione respecto a esta, se la determinará como algo negativo, como obstáculo, o como algo positivo, como una oportunidad.

Palabras Clave: Otredad, Diferencia, Singularidad, Encuentro, Vínculo.

Introducción.

El presente trabajo pretende analizar la complejidad que comprende el vínculo terapeuta/paciente en el ámbito clínico, por la presencia de la otredad, ya sea por los obstáculos que muchas veces puede traer consigo tal término o por las oportunidades creativas y transformadoras que implica. Por lo tanto, en el encuentro de la singularidad de cada sujeto, se encontrarán conceptos que serán abordados a lo largo del trabajo en cuestión, como la “diferencia”, la “ajenidad”, “identidad”, entre otros.

La noción de la otredad se irá desarrollando a lo largo del texto mediante los diferentes capítulos. En un primer momento resulta de gran importancia comenzar con una introducción al campo clínico, para situar el contexto donde ocurre este encuentro y donde toma protagonismo la otredad y la identidad como concepto, abordando así el concepto de encuadre y la noción de vínculo, haciendo principal foco en el vínculo paciente/terapeuta.

Por otra parte, en los puntos 2 y 3, se estudiará en profundidad cómo la otredad puede influir en la comunicación entre los actores y por tanto en el proceso terapéutico. En el punto 2, se pretende indagar sobre los obstáculos que puede traer consigo la otredad en el campo clínico. Como se mostrará más adelante, la presencia del otro puede significar para uno mismo un momento de incertidumbre, inseguridad, ya que como se trabajará, el otro suele presentarse como extranjero, un mundo ajeno al propio de uno. Con ello se pueden observar situaciones perjudiciales para ambos actores, ya que muchas veces a través de cierta violencia que aparece contra esta extranjeridad, no se permite que los sujetos involucrados estén cómodos dentro del campo y la mala comunicación entre ambos, suele traer un malestar al vínculo.

Aún así, para concluir el trabajo, se contemplan nociones mucho más positivas sobre la noción del otro, las cuales toman dicho acontecimiento como una oportunidad transformadora y creativa para los actores que integran el campo. De esta manera, se contemplará cómo conocer y estar con otro, es una invitación a conocerse uno mismo. Así, se observarán diversas lógicas que rigen o pueden regir en el vínculo con el otro, demostrando cuán complejo es comprender la noción de la otredad, ya que al final, como lo explica Todorov en “La conquista de América: el problema del otro” (1982), los otros también son “yos”.

1. El encuentro con el otro en el campo clínico.

1.1 Dentro del encuadre:

Es menester empezar mencionando aquello que organiza la experiencia terapéutica y el pensamiento dentro de dicho encuentro; el encuadre. Resulta crucial dicho término para el análisis de la otredad en el vínculo terapeuta/paciente ya que dentro del encuadre se ven involucradas las historias de los actores que lo integran, sus vivencias, sus ideologías e identidades. En pocas palabras se ven involucradas las singularidades de los sujetos.

Así lo entiende Rodríguez en "Dispositivo y Encuadre" (1995), quien explica que el concepto de encuadre como tal enmarca, contiene el tiempo y el espacio donde los sujetos se encuentran, refiriendo a aquello inmutable y constante, y como se dijo al comienzo, organiza la experiencia y el pensamiento en tal encuentro. Un autor que trabaja sobre este concepto también es Bleger (1967) quien enuncia que el encuadre refiere a aquello que enmarca el proceso, pero como tal es un "no-proceso" porque mantiene las constantes de lo que él llama situación analítica.

Tanto Rodríguez como Bleger enuncian que el encuadre es aquello instituido, un conjunto de normas que se deben de mantener o cumplir, que como bien se dijo, encuadra y pone límites. Ambos autores tienen esto en común en sus obras pero también mencionan ambos que existen variables, movimiento dentro del encuadre el cual forma parte de la situación analítica. Rodríguez entiende al movimiento como aquello instituyente, que se transforma y es dinámico, haciendo así una comparación entre lo continente y lo contenido. Lo continente simboliza al encuadre que aparece como inmutable, y que funciona como sostén, mientras que lo que se modifica y cambia es el contenido.

Es entonces en este encuentro entre los actores que la identidad como concepto toma un rol importante. Tal concepto está compuesto por la historia, la cotidianeidad, las pasiones, y los grupos y vínculos que rodean al sujeto, ya que el sujeto siempre está en distintos lugares, en distintas tramas vinculares. Berenstein en “Del Ser al Hacer; Curso Sobre Vincularidad” (2008) plantea que el sujeto está compuesto por un mundo interno que entra en interacción constantemente con lo que él llama mundo externo.

El mundo interno se construye y modifica en función del mundo externo y allí se remarca la importancia del otro en la construcción de identidad del yo, ya que ambos planos se relacionan y uno condiciona al otro. Tal es así que el autor describe que la identificación “opera bajo el modelo de la apropiación de cualidades del otro” (pag. 164). Y en cada nuevo vínculo que el sujeto va formando con el mundo externo, es decir, en cada nueva inscripción, existe una amenaza para la identidad del sujeto, ya que ésta puede ser cambiada y así lo entiende Berenstein en “Devenir Otro Con Otro(s). Ajenidad, Presencia, Interferencia” (2004) comentando que “se pertenece a diversas configuraciones vinculares y no es posible converger en una sola. Así, se jerarquiza devenir sujeto en cada relación con cada otro significativo.” (pag. 112)

De esta manera, en la identidad de estos actores que configuran el campo y están dentro del encuadre, es donde surgen las similitudes y diferencias y así, el movimiento que mencionaba Nebot y Bleger se hace visible. Y es que como ya se observó, allí se entrelazan diversas líneas que condensan la heterogeneidad de cada uno de los sujetos en función de sus historias y vivencias, a través de un relato que genera que el otro se haga visible para el yo.

En la otredad del sujeto con el cual la persona se encuentra, se hallan todas las semejanzas y diferencias entre ambos. Esta interacción entre la identidad de ambos actores es lo que moldea y también le da movimiento al encuadre y al proceso terapéutico como tal, porque en la presencia del otro pueden observarse distintos aspectos emocionales ya sean hostiles o positivos, que pueden suponer una dificultad en el análisis.

Vinculado a lo anterior, según Avenburg (2004) es necesario encuadrar en función a las necesidades del otro y de los objetivos que se propongan en el campo clínico. El “setting” debe adecuarse a la situación. Aunque el autor hace una interesante mención sobre la incomodidad que le genera la noción de encuadre, ya que esta refiere a un lugar de encierro. De todas formas se mantiene un lugar bajo el encuadre donde no existe el encierro sino el intercambio, donde el relato surge sin previas determinaciones y rige el movimiento.

Avenburg comenta que lo que determina el encuadre no son unas normas ya impuestas previas a conocer al sujeto con el cual se compondrá el campo clínico, sino que lo que determina el encuadre en realidad “es la forma que adquiere cada análisis en particular, que no ha de admitir otros límites que la realidad interna y/o externa tanto del analizando como del analista.” (pag. 26) Por ende podemos entender que en cada encuentro y en cada singularidad de los actores se va determinando el encuadre y además, como veremos a continuación, será el vínculo entre ambos lo que determinará también la realidad del encuentro.

1.2 El vínculo terapeuta/paciente:

Para poder abordar el vínculo entre estos dos sujetos que habitan el campo clínico, es fundamental en primer lugar poder comprender la noción de vínculo. Para comenzar, Eksztain y Bianchi en “Perspectivas Vinculares en Psicoanálisis; Las prácticas y sus problemáticas” (2008) enuncian que para poder trabajar la noción de vínculo se debe de tener en cuenta que este está ligado siempre a la producción del sujeto. Lo vincular se asocia con una lógica de *entridad*. Los autores enuncian este término como “cruce de fuerzas que se forja como entre-cruzamiento que no espeja lo otro en lo mismo” (pag. 204) De esta manera entonces lo otro, extraño, se mantiene en sí mismo.

Pensar lo vincular entonces significa pensar desde las diferencias de las personas, las diferencias como productores de contenido y de sentido para el vínculo entre estos. Por dicha razón se puede pensar que el vínculo se construye en conjunto, porque es con el otro que se remarcan las historias singulares, los hábitos, las pasiones, los gustos, los ideales, y en base a estas diferencias, se comprende el cómo se construye cada vínculo. Por eso se puede reflexionar que al igual que cada persona tiene su propia realidad y puede considerarse irrepetible por su singularidad, cada vínculo se puede entender de igual forma.

Otro autor que también aborda la noción de vínculo es Sonia Kleiman (2014). Ella entiende que “lo vincular es producción” (pag.3). De esta manera los vínculos enmarcan un campo en donde la identidad y la historia de quienes se encuentran inmersos entran en interacción y se empieza a construir en conjunto una realidad en función a tal encuentro. Por esta razón es que Kleiman propone pensar y problematizar los vínculos desde ellos mismos, ya que de esta manera no se piensa desde un lugar externo, sino que se puede pensar desde el entre, vinculándose así con la noción de entridad que mencionaron Eksztain y Bianchi.

Kleiman sostiene que en el análisis de la multiplicidad, ésta no se define por los elementos que la componen en sí, lo importante es el entre, el “y”. De esta forma, es en el “y” donde la singularidad del vínculo se trabaja y se estudia, porque como se comentó al comienzo de la monografía, cada “otro” es un “yo, y “yo” soy un “otro” para los demás, por eso en el encuentro con la singularidad de cada individuo, se genera un nuevo vínculo también singular. Es así cómo se puede visualizar la importancia que tienen las diferencias a la hora de la construcción de los vínculos, siendo estas parte de la lógica de la identidad.

De esta manera se puede entender entonces que lo vincular, sí se relaciona con una construcción de la realidad que enmarca el encuentro entre las personas y allí estos moldean a la misma según la situación singular, se puede entender que lo vincular también se relaciona directamente con una creación de sujetos. Como fue entendido anteriormente, la identidad se construye gracias a la interacción entre ambos mundos, el interno y el externo, y entendiendo que el interno se construye en su interacción con el exterior, se puede visualizar cuán importante es entonces la construcción de vínculos con los otros. Así, los otros moldean al yo del sujeto, y la persona también ayuda a construir el yo de los otros sujetos.

Ya habiendo analizado distintos autores con distintas perspectivas sobre lo vincular, se debe de abordar el vínculo del terapeuta/paciente. Este campo ha sido problematizado y analizado por diversas corrientes y autores a lo largo de los años, porque como ya se ha observado, el campo clínico y el encuadre se moldean y se construyen en función a este vínculo principalmente, donde se construye la realidad de ambos y también la realidad de la situación analítica.

El psicoanálisis ha abordado tal vínculo con las nociones de transferencia y contratransferencia. Partiendo del “Diccionario de Psicoanálisis” (1967) de Jean Laplanche la transferencia refiere al proceso en el que “los deseos inconscientes se actualizan sobre ciertos objetos, dentro de un determinado tipo de relación establecida con ellos y de un modo especial, dentro de la relación analítica.” (pag. 439) Así, Laplanche explica que Freud descubre en sus sesiones psicoanalíticas que el sujeto que integra el campo clínico junto al terapeuta, revive su vínculo con las figuras parentales en dicho encuentro, ya sea a través de sentimientos hostiles o agresivos, o mediante sentimientos de amor o lo que se conoce como transferencia erótica.

De esta manera se puede visualizar cómo ocurre una situación de repetición, siendo en el encuentro con el otro donde se vive con un sentimiento de actualidad algo que la persona vivió tiempo atrás. Y es importante aclarar que en realidad cuando se habla de transferencia no se está hablando únicamente de un término psicoanalítico, sino de uno que en un sentido general ya da sentido a lo que propone el psicoanálisis, que es el desplazamiento de valores.

Por este motivo el psicoanálisis ve a la transferencia como una oportunidad para el análisis en la terapia, porque dicho proceso contempla no solo la historia del sujeto, la cual forma parte de la identidad del mismo, sino que también expresa el sentir de la persona respecto a sus experiencias. Además, poder identificar estos procesos transferenciales es una oportunidad para conocerse tanto el paciente como el terapeuta, ya que como veremos a continuación, ocurre una respuesta a dicho proceso transferencial por parte del profesional.

La contratransferencia por otra parte, y partiendo de la misma fuente, es el “Conjunto de las reacciones inconscientes del analista frente a la persona del analizado y, especialmente, frente a la transferencia de éste” (pag. 84). Es entonces trabajo del analista identificar sus propios procesos internos inconscientes, ya que de esta manera el analista tiene la oportunidad de conocerse más a sí mismo, conocer y analizar sus propias reacciones o respuestas que le surjan en el procesos analítico y saber qué le genera el otro. Y es que como se observará más adelante, frente a la otredad, uno identifica al otro como extranjero muchas veces o como intruso incluso, y esto puede traer consigo obstáculos en el proceso terapéutico que si no se logran observar y analizar, pueden traer malestares o incluso una ruptura en lo que Jeremy D. Safran y J. Christopher Muran (2005) definen como alianza terapéutica.

Lo que tradicionalmente el psicoanálisis ha llamado alianza terapéutica es al pacto que se produce entre paciente y terapeuta, el cual mantiene el proceso terapéutico gracias al vínculo entre ambos actores y su fuerza depende principalmente del acuerdo entre estos sujetos y el modo en que estos mantienen su vínculo. Y es que un malestar o cambio ya sea en los objetivos de la terapia o en el vínculo, pueden traer consigo un desequilibrio en dicha alianza, hasta incluso una ruptura.

En la díada paciente/terapeuta ocurren interacciones, como ya se ha visto, que deben ser observadas por parte del analista, ya sea porque traen consigo cierta incomodidad, agresividad o malestar, o por el contrario, generan un ambiente excesivamente cálido que puede desdibujar el vínculo terapeuta/paciente y de esta manera no solo modificar el encuadre y el vínculo, sino también los objetivos de la terapia. Es fundamental identificar lo que le ocurre al otro, lo que le ocurre a la persona como tal y lo que ocurre entre ambos.

De esta manera se observa cómo puede ocurrir muchas veces que en la diferencia que puede traer el otro, en su ajenidad, puede verse en peligro la alianza terapéutica y por ende el proceso terapéutico como tal. Al igual que como expresa Berenstein (2004), diciendo que el “otro” y el “yo” se determinan entre sí principalmente desde el encuentro y que lo que sucede entre ambos también se determina el campo clínico y el proceso terapéutico.

Así se puede observar cómo lo vincular y la otredad son fundamentales para el análisis de una sesión psicoanalítica. Tanto la transferencia como la contratransferencia y la alianza terapéutica, resumen diversos procesos que ocurren cuando uno se encuentra con el otro. Estos términos abordados invitan a pensarse uno mismo cuando uno se encuentra con el otro. Jeremy D. Safran y J. Christopher Muran (2005) mencionan que “evidentemente, el análisis de la contratransferencia se encuentra en el núcleo de la técnica psicoanalítica contemporánea.” (pag. 30).

2. La otredad como obstáculo en el campo clínico.

2.1 La extranjería del otro:

Ocurre entonces que en la presencia de esta persona desconocida, la ansiedad y el miedo a lo desconocido aparecen. Es menester entonces indagar sobre cómo la otredad que trae la persona, puede traer consigo nociones sumamente destructivas en la comunicación y en el vínculo entre las personas que interactúan. Y es que la otredad ya en primera instancia refiere a algo que no es propio, por lo cual, aquello extranjero o ajeno, puede relacionarse con connotaciones negativas, trayendo así un malestar al vínculo por la mala comunicación que se puede establecer. En dichas ocasiones puede no habilitarse un intercambio comunicacional, y eso ocasiona en ciertas circunstancias lo que se conoce como la ruptura de la mencionada alianza terapéutica, donde el vínculo terapeuta/paciente se ve afectado y comienzan a haber sensaciones de desesperanza y malestar.

El otro es aquel que no es “yo”, es diferente y su “diferencia es irreductible” (Berenstein, “Del ser al Hacer”, pag. 169). Muchas veces se intenta re-presentar a la otra persona en lugares que uno ya conoce, encasillarla, para así no dar lugar a la novedad que presenta ser esta nueva persona y por ende, mantenerse en una posición de seguridad al no estar enfrentando una presencia desconocida, en lugar de dar lugar a la presentación novedosa.

El otro es aquel que se presenta, sorprende a la persona desde sus diferencias e irrumpe con su ajenidad. Es entonces en dichas diferencias, donde el “otro” como extranjero se hace visible, apareciendo como un extraño, que llega desde el afuera. Según Nancy, J. (2006) es indispensable que en aquello que es extranjero exista algo de lo que refiere al término intruso, ya que este ingresa por la fuerza y por sorpresa, por tanto no es alguien que fuese esperado por la persona para recibirla en su vida o en su psiquis. Pero además, como explica Jean-Luc, el extranjero no deja de cumplir su rol una vez que entra en contacto con la otra persona, ya que “su llegada no cesa: él sigue llegando” (pag. 12), y es una novedad en cada instante, en cada encuentro.

En suma a lo anterior, está la ya mencionada ajenidad. Berenstein, I (2004) se refiere a este término como aquello que no es semejante a uno. Y es que el término ajenidad a lo largo de la historia se ha vinculado con aquello que es enemigo y “habita fuera de los límites de la ley” (pag. 128), ya que cada país tiene una ley que rige y cuida a sus ciudadanos, no a los de los demás países. De esta manera se puede observar la relación directa que tiene este término con aquello que es extranjero, que refleja a aquel que reside por fuera de la sociedad, y por ende, por fuera del psique del sujeto.

Lo imprevisible entonces aparece con sus dificultades de lo desconocido y trae riesgos en el relacionamiento; ya que además de desconocer a la persona en el encuentro, cada vez a lo largo del tiempo se produce un mayor desconocimiento del otro y de uno mismo, debido a que lo imprevisible opera en la otra persona y en uno mismo. Puget, (2007) señala que “conocerse más es una ilusión, conocerse cada vez menos es el desafío de la convivencia” (pag. 4). Relacionarse significa entonces un trabajo permanente, significa dejar de sostenerse en una mirada singular y aceptar que el primer encuentro con la otredad es el primer paso de todo un proceso tanto en lo vincular como en lo individual.

Por ende, requiere de un gran trabajo tanto para el analista como para el paciente, dar lugar a esta novedad que trae el otro, tanto en su historia, como en sus hábitos o incluso en su cultura. Mientras rijan lógicas excluyentes en tal interacción, o se desprestigie la otredad, no habrá lugar al intercambio, y será una mera imposición de una lógica del sujeto sobre la de los demás. Es una posibilidad en el encuentro el no estar ni a favor ni en contra con el otro, dando lugar a lo novedoso y admitiendo la diferencia y ajenidad, pero de lo contrario, se podría estar dando lugar a un tipo de violencia donde rige una imposición desde un punto de vista y se mantiene una lógica asimétrica.

2.2 La crisis del terapeuta:

Cuando lo imprevisible toma lugar y aparece lo no conocido, lo que no tiene antecedentes, la otra persona que se encuentra con esto, como ya se ha dicho, intenta representar lo que observa. Pero existen diversas reacciones posibles frente a la otredad que trae la persona y es esto que trae consigo el otro, junto a la forma en la cual se responde a dicha otredad, lo que determina qué camino va a tener el vínculo y por ende la comunicación en el encuentro terapéutico.

Resulta entonces crucial comprender la historia y la experiencia de uno mismo para conocer cómo le puede repercutir la otra persona, porque de no ser así, siendo uno el terapeuta o el paciente puede toparse con sensaciones de malestar o por el contrario, sentimientos eróticos, que desdibujen los roles y por tanto el encuadre también, lo cual puede ser utilizado como una oportunidad por parte del analista para el análisis de sí mismo y del otro. Aunque también, puede entender dicho encuentro como un obstáculo que no le permite al terapeuta trabajar como podía tener predeterminado, ya que aparece lo novedoso y esto trae ansiedades consigo.

Y es que como comentaba Freud en “Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica” (1910) la contratransferencia y lo que le ocurre al analista en el campo clínico junto al otro, es una oportunidad muy enriquecedora para el análisis, tanto de la situación analítica como de sí mismo, porque este puede identificar de esta manera sus malestares y las razones de los mismos. Aunque si no se tiene a disposición las herramientas necesarias para esta introspección, el analista puede verse incapaz de manejar la situación que lo excede.

Es por eso que para manejar la otredad, son necesarias ciertas herramientas, una de ellas es el autoanálisis, el cual es utilizado por parte del analista para investigarse a sí mismo a través de asociaciones libres o a través de interpretaciones del comportamiento. Aunque como lo deja en claro el Diccionario de Psicoanálisis de Laplanche, este autoanálisis en la sesión a veces puede traer consigo un punto negativo, y es que “elimina el móvil esencial de la cura, a saber, la transferencia” (pag. 39).

Un ejemplo evidente para la confrontación de dicha crisis por parte del terapeuta y del paciente frente a la otredad, es el texto de Pavlovsky (1987) “La Crisis del Terapeuta”, donde él se ve excedido en diversas ocasiones ya sea o por la hostilidad del otro o por la atracción que le genera, y mediante herramientas que le brindan introspección y tiempo, este puede encontrar su lugar y su rol en el encuadre, ya que como indica en un momento, gracias a estas herramientas, comenta “Yo sentí que empezaba a ubicarme en el rol de psicoterapeuta”. (pag. 114).

Enfrentado a una mujer que generó en el campo clínico una contratransferencia erótica, por su aspecto físico e incluso por su forma de ser, donde algunas veces mostró cierta vulnerabilidad, el terapeuta observó inmediatamente que tenía que hacer algo frente a tal situación, porque como ya se comentó, en ese primer encuentro, él se vio tan excedido por esto que traía el otro que en un primer momento no se sentía ubicado en el rol del psicoterapeuta, debido a la contratransferencia erótica que estaba ocurriendo.

Comienza a haber cierta interferencia en esta presencia y el analista mediante distintas herramientas se vuelve a colocar en su rol de terapeuta frente a la ansiedad de lo desconocido que traía el otro. En adición a esto, Lévinas (1979): entiende que la relación con un otro es una relación “con un Misterio” (pag. 116). Es entonces que ocurre una situación particular en ese momento que trae Pavlovsky, ya que aparece la otredad de una persona que no conoce, quien resulta ser la hermana de la paciente, y que sin observarla, ya le genera inquietud, incomodidad e incluso sensaciones de enojo y malestar.

La persona en cuestión, la cual parece tener una opinión muy negativa de los psicólogos, hizo que el terapeuta pensara hasta el punto de decir que “no lo toleraba” (pag. 115). Es así como la presencia del otro aparece aún sin estar de forma material, y en su ajenidad ya puede exceder a la persona, y aparecer incluso como lo que Berenstein llamó enemigo.

El autor menciona que cuando el otro es un enemigo, refiere a aquél que se ubica en “un lugar opuesto a los deseos del yo o a los valores ideológicos, religiosos y étnicos propios” (pag. 114). Es entonces una cualidad que se observa constantemente tanto en amistades como en lo familiar también, ya que es una delgada línea que muchas veces puede verse sobrepasada por los demás con cierta facilidad. Y es que en la situación abordada, el ataque de esta persona que aún ni siquiera conoce el terapeuta, ataca directamente a su rol profesional y a sus ideales.

En un momento del texto de Pavlovsky, el autor conoce a la hermana, y ya trae nuevamente la identificación de pensamientos y sensaciones internas de lo que le generaba la otredad de quién entraba a sesión... “me producía una sensación muy curiosa” (pag. 121). Y en relación a la noción del otro como extranjero, como aquel que viene de afuera y que invade con su ajenidad al sujeto, se observa en dicha situación cómo desde el primer momento en el encuentro, esta persona constantemente le trae tensiones y cuestionamientos.

Para poder entonces superar esta situación que desborda al terapeuta, se observa que utiliza la estructura demora, la cual es mencionada por Ulloa (1962) donde explica que dicha herramienta es utilizada para trascender la “significación inmediata de un acontecimiento” (pag. 8). En el caso abordado, la estructura de demora ayuda a responder a la hostilidad del otro mediante silencios y el terapeuta en sí lo usa para estructurar e identificar sus propios pensamientos, siendo esta una forma de estabilizar la comunicación entre ambos actores que se ven desbordados uno por el otro. Esto ayuda entonces a acceder a un conocimiento que existe más allá de lo que acontece la situación clínica y así se superan las primeras barreras de dicha hostilidad y ajenidad y se identifican tanto los pensamientos propios, como ajenos.

En relación a la noción de enemigo que Berenstein detalla, en este caso se observa en el rol del paciente cómo el terapeuta también le desborda desde su ajenidad pero desde un rol que Berenstein llama como opositor. Este rol el cual es ocupado por Pavlovsky y que por su nombre se puede dar a entender que es aquel que “se erige en obstáculo al cumplimiento del ideal en el camino de la identificación.” (pag. 114).

Esta mujer enuncia que ha estado huyendo de todas las fantasías y enunciados familiares, se ha movido e identificado de manera inversa a lo que sus padres esperaban de ella, y en relación a los terapeutas, al ser estos una alternativa para ayudarla por parte de los padres, directamente ella coloca a dichos profesionales en el mismo lugar que estos enunciados familiares que siempre le perjudicaron, poniéndolos así en el rol de opositor ya que son un obstáculo en su camino ideal para la identificación del yo.

Aún así, en toda la incomodidad que un individuo le genera al otro en el caso clínico en cuestión, el terapeuta puede ubicarse y mantenerse en su rol, al igual que el paciente mantiene el suyo. Mediante todas las herramientas mencionadas, la situación pudo mantenerse bajo control, a través de un riguroso análisis del yo por parte del terapeuta y mediante una incomodidad necesaria en la estructura demora, en la cual ambos se encontraron con sus pensamientos y enunciados propios.

Por otro lado, ocurre una situación en la cual Pavlovsky está involucrado en la que junto a un grupo a un grupo de adolescentes, hay un ambiente tenso, no hay un buen clima para el diálogo, y él interpreta que dicho malestar es por su viaje a Europa, por ende, cree que es una angustia de separación lo que está ocurriendo allí. De esta manera los jóvenes que componen el grupo enuncian que dicha ansiedad que hay no es por su viaje a Europa, pero él sigue manteniendo su idea de la angustia por la separación, lo cual genera lo que demandan los adolescentes de cierta forma, que no haya buena comunicación en el entorno, ya que él está imponiendo un punto de vista y no está entablando un diálogo en sí.

Así se observa cómo muchas veces puede ocurrir la violencia en el diálogo mediante la imposición de ideas de uno mismo frente al otro, lo cual como ya quedó evidenciado, trae tensiones en lo vincular y en la comunicación. Pero luego de que él reconociera su pensamiento totalitario, le comunica al grupo que comprende que no los estaba escuchando realmente, haciendo autocrítica. De esta manera se entabla un diálogo sumamente enriquecedor entre ambos, ya que como lo explica Pavlovsky “ahora podemos escucharnos porque hemos interiorizado nuestras reciprocidades” (pag. 126).

Así entonces se observó cómo en el campo, lo transferencial y contratransferencial fue utilizado a favor por parte del analista, ya que sirvió para identificar los pensamientos que eran propios y los que no, al igual que le ayudó a observar sensaciones y malestares que ocurrían que, de no ser observadas a tiempo, podrían haber destruido por completo la comunicación y por ende la sesión terapéutica. De esta manera se observa cómo la otredad puede entenderse como un obstáculo el cual trae problemáticas de diversos tipos, pero al mismo tiempo, aparece como una oportunidad para conocerse a uno mismo, ya que en el encuentro con el otro, Pavlovsky observó emociones, sensaciones y respuestas propias que aparecieron gracias a la incomodidad que le brindó el otro.

3. El encuentro como una oportunidad transformadora.

3.1 La lógica del Uno/ La lógica del Dos.

Como ya se ha observado, existen diferentes posicionamientos frente a la otredad, los cuales traen consigo diversas respuestas por parte de aquél que se encuentra con el otro. Y es que, considerando que interactuar con las demás personas requiere de cierto trabajo y un gasto energético muy grande por parte de aquél que se encuentra, en varias ocasiones se prefiere no trabajar desde el vínculo, donde constantemente se está en interacción con la novedad, y se opta por pensar al otro desde una relación sujeto-objeto. Dependiendo de cual posicionamiento uno observe la otredad, se contemplará a la misma o desde un lugar negativo, entendiendo al otro muchas veces como un obstáculo, o desde un lugar positivo, observando como una oportunidad el trabajar en vínculo, para conocerse más a uno mismo. A estas dos formas de trabajar con el otro se las entiende como la lógica del Uno y la lógica del Dos.

Jeanine Puget (2015) entiende la lógica del Uno, como aquella lógica que comprende movimientos identificatorios, “de la cual surgen las formas de relacionarse con otro ubicado en la posición de sujeto-objeto” (pag. 22) Pensar al otro desde este lugar significa no pensarlo como un “yo”, sino como aquel objeto que uno ya conoce, que no requiere de un gasto energético el encuentro con esta otra persona porque incluso ya se lo representa con ideas ya conocidas, no dando lugar a lo novedoso.

Así lo estructurado en el sujeto se mantiene en su lugar, se sostienen enunciados totalizantes y por ende no se mantiene un diálogo, o cierta comunicación, desde la lógica del Uno no se toma en consideración la singularidad del otro. Así, se generan tensiones y lo vincular nunca tiene lugar, porque rigen fuerzas y verdades irrefutables que se rigen bajo esta lógica, y así el sujeto que no da lugar a lo novedoso tampoco da lugar a cuestionamientos externos sobre sí mismo, ya que no soporta lo que Puget entiende como “la diferencia radical” (pag. 21), que es aquella que no corresponde a una lógica binaria común como bueno/malo, u hombre/mujer, sino que refiere a aquella diferencia capaz de generar emociones, tensiones, pensamientos inesperados, donde la semejanza es imposible y la diversidad tiene cada vez más lugar.

Es desde dicha diferencia que posicionándose desde la lógica del Dos, se observa una oportunidad como ninguna otra de dar lugar a lo novedoso y por ende a la transformación, ya que dejando un espacio al “yo” externo se otorga un lugar a la comunicación, y al mismo tiempo, al reconocimiento de sentimientos y pensamientos propios que emergen principalmente en el encuentro con el otro. Esto ocurre, por ejemplo, en el capítulo mencionado anteriormente donde Pavlovsky identifica los pensamientos propios y los ajenos, y de esa manera observa distintas limitaciones o emociones que aparecen cuando está abierto a la otredad, y encuentra claro, aspectos propios que quizás no hubiese conocido, si no había un encuentro con la otredad.

Se entiende entonces que la lógica del Dos se relaciona con lo vincular, en un trabajo constante de los dos que componen dicho encuentro, y de esta manera lo entiende Puget, comentando que allí se sostienen “diferentes modalidades de las relaciones de poder y, por ende, por la imposición de lo ajeno irreductible.” (pag. 22). Así se observa cómo desde la primera lógica se intenta constantemente representar lo que se observa, colocando esto nuevo que aparece en lugares ya conocidos, mientras que en la segunda lógica se mantiene un conflicto entre la representación que el sujeto inconscientemente intenta hacer frente a lo novedoso y la presentación que luego hará, logrando así no representar en lugares que ya conoce esta novedad que se le aparece.

Como ya se ha dicho el vínculo exige un trabajo, y en el momento de hablar con un otro se puede, de vez en cuando, imponer ideas o conceptos sobre esta otra persona, en el intento de representarla en lugares conocidos o representar también sus enunciados, asociándolos o vinculándolos con experiencias propias, haciendo que lo novedoso no ocupe el lugar que le corresponde. Para ello es oportuno mencionar un ejemplo sobre dicho esfuerzo que se tiene que hacer para identificar lo que es propio y lo que es ajeno, el cual es citado nuevamente por Berenstein. Él explica en una situación clínica, que una paciente trae a la consulta la ciudad de Barcelona, la cual se vincula con una amiga que ella no veía hace mucho tiempo, mientras que la terapeuta de dicha situación clínica inmediatamente recordó a su hijo viviendo en Barcelona, pensamiento que generó que por unos minutos, no pudiera escuchar lo que el paciente mencionaba.

Aquí se observa cómo lo ajeno irrumpe muchas veces, no solo por su ajenidad, ya que también ocurre que los enunciados y pensamientos ajenos se suelen vincular con los propios, en lugar de desplazar dichos conceptos y de esa manera identificar los pensamientos que son de uno mismo, como dice Berenstein, “Se presentó un obstáculo para el desplazamiento de los significados” (pag. 69). Entendiendo que ambos no son la misma persona, la representación de Barcelona que tiene la paciente no será nunca la misma que tiene para la terapeuta y viceversa. Si se posicionara desde la lógica del Uno, evidentemente habría tan sólo un único concepto, una única mirada, ya que no se tomaría en consideración la infinidad de representaciones que esta tiene, considerando la historia y visión singular que vincula cada persona con este lugar.

Es por estas razones, y principalmente en una situación analítica, que resulta sumamente importante el pensar entre dos. Berenstein menciona la importancia de identificar qué es de uno y qué es del otro, para así hacer el trabajo de conocerse más a uno mismo, siendo este un trabajo complejo ya que en el entramado de enunciados en el encuentro clínico, requiere de un gran gasto energético identificar lo propio de lo ajeno. Además, situaciones como éstas suelen tomar por sorpresa a la persona que se ve invadida, ya que la persona se sorprende debido al retorno de una idea que estaba reprimida, y ésta sorprende al “yo”, pero también se sorprende porque se dió lugar a lo reprimido debido a una acción o un enunciado del otro.

Berenstein va a sostener al final, que lo más importante es observar cómo aparece la posibilidad de la diferencia o de la existencia del dos, en ese encuentro movilizador con el otro y con las ideas que estaban reprimidas. Como sostenía Puget, es la diferencia radical la que hará que estos dos sujetos puedan trabajar desde un lugar de diversidad y enriquecedor, ya que incluso desde la concepción de la ciudad de Barcelona, no hay una idea cierta ni una falsa, ambas coexisten en el encuentro.

Por esta razón es que Berenstein sostiene que se debe de dar lugar a lo novedoso, no representar, sino abrirse a la presentación, en admitir lo nuevo, siendo la presencia entendida como aquello de lo que no tengo registro previo. Esto ajeno o se puede hacer desaparecer para uno o se puede intentar hacer algo con esta imposición novedosa. Claro que aquí aparece también la lógica del dos; refiriéndose qué hacer y de qué manera y cómo resolver lo que se presenta, sin pararse desde una mirada individualista.

Así se observa que dependiendo el posicionamiento que uno elige, el cómo se observa la otredad, ya que la misma puede ser un obstáculo debido al trabajo que significa el trabajar desde el dos y porque el otro muchas veces incomoda y trae consigo enunciados que exceden la psique del sujeto. Pero como se observó, pensando desde lo vincular, la diferencia radical aparece como la oportunidad transformadora y de creación, ya que cualquier idea o noción pensada desde uno, puede resultar ser completamente diferente desde un otro, y su diferencia aparece cuando existe el encuentro entre las perspectivas, porque de no haberse enfrentado a otra forma de pensar, la diferencia nunca hubiera aparecido.

Por dichas razones se muestra la importancia del pensar desde la lógica del dos, porque de esa manera se tiene en consideración que los otros también son un “yo” cada uno, donde sus singularidades son sumamente importantes para que existan las diferencias en el encuentro con uno mismo y así se contemplen otras perspectivas enriquecedoras sobre lo que uno cree conocer. Se muestra como un trabajo realmente complejo el considerar al “yo” de uno mismo como un otro, que existe y convive entre otros, mediante una diferencia radical. Siempre existirán ajenidades que rodean al sujeto, pero al trabajar las mismas desde un vínculo, será un hacer que determinará a ambos individuos que compongan lo vincular, porque en la diferencia uno se encuentra con sus pensamientos, ideas reprimidas, pasiones, y por lo tanto, se encuentra con sí mismo.

3.2 Lo vincular como producción.

Es entonces, luego de haber transitado por diferentes nociones y posicionamientos respecto al encuentro con la otredad, que se concluye que al posicionarse desde la lógica del dos, se puede entender que el encuentro con el otro es una gran oportunidad para conocerse más a uno mismo y que transforma a los que se encuentran. Es gracias a la diferencia radical, la cual es irreductible, que frente al otro uno distingue sus valores e ideales pero es evidente que pensar al otro significa una tarea problemática, ya que se lo piensa desde el “yo”. El sentido que se le termina colocando al otro, es un sentido puesto e impuesto por el “yo” de quien se encuentra.

A lo largo del trabajo se ha contemplado esta dificultad de comprender al otro como otro "yo", se podría decir que por ello también es complejo el análisis de la otredad, porque para poder trabajar junto a aquél que es ajeno a uno mismo, se debe comprender su singularidad y su diferencia, y por ende también se debe de identificar lo propio de uno, que hace que se diferencie con el otro. De esta manera, se entiende que problematizar a otra persona desde un punto de vista individual, donde se impone un punto de vista y no se tiene en cuenta el vínculo, se transforma en una visión sumamente limitada al no considerarse uno mismo como un otro, lo cual es generador de tensiones y problemas en la comunicación, como ya se ha observado.

Es importante entonces mencionar a Deleuze (1989), quien en su filosofía ha trabajado en varias oportunidades sobre la otredad y el devenir, el cambio. Él contempla que en el encuentro, el sujeto se define en su diferencia con el otro. El autor en cuestión, además, propone pensar al ser como una diferencia que se diferencia, y así da lugar a las multiplicidades, y más que nada a la heterogeneidad en el encuentro entre los demás individuos. Se presenta entonces una posibilidad para conocerse a uno mismo en la apertura en el encuentro con el otro, pensando así desde la lógica del Dos y contemplando que, al identificar la singularidad del otro y sus ideas, uno encuentra e identifica sus propios valores, al diferenciarse de los del otro.

En el campo clínico en sí, queda demostrado que en lo que refiere a lo transferencial y contratransferencial se vincula directamente con este punto en cuestión, y es que la contratransferencia por parte del terapeuta suele emerger en respuesta a la transferencia del otro que está en la situación clínica, aunque también puede tener lugar en respuesta en ciertos enunciados o actitudes por parte del paciente, que repercutan en la identidad e historia del analista. De esta manera, el psicoanálisis ha estudiado en profundidad lo que ocurre en el analista del otro y se recalca la importancia, por parte del propio terapeuta, de identificar sus ideas y reacciones que ocurren en respuesta a lo transferencial, para así poderse observar pensamientos ya sean hostiles, eróticos, negativos o positivos, e identificar la causa de los mismos, evitando así malestares en lo vincular y en la comunicación.

Ocurre además que en el encuadre como ya se ha observado, se intersectan diversas líneas de los actores que componen el campo clínico y allí se observan en cada una de las líneas que se cruzan, la diferencia de ambos en cada uno de esos encuentros. Es el ejemplo trabajado anteriormente sobre la ciudad de Barcelona, y es que no solo se mostró que existen diversas perspectivas sobre una misma idea o lugar, sino que también se observó la importancia que dentro del campo clínico se encuentren estas diferencias, ya que se podía vivir en el sesgo desde la lógica del uno, donde se sostiene una única verdad irrefutable.

En suma a lo anterior, se ha trabajado a lo largo de esta monografía que cada encuentro es singular, debido a la singularidad de ambos individuos, y vinculando estos encuentros con lo anterior, se puede comprender que en cada vínculo elaborado con un otro, habrán nuevas visiones sobre una misma idea. De esta manera, encontrarse con el otro y mantener el trabajo de lo vincular es una oportunidad transformadora para todos los integrantes, ya que se contemplan diversos puntos de vista novedosos que pueden cuestionar o reforzar distintos aspectos del sujeto, y además, el otro siempre aparece como extranjero, como alguien de afuera que muchas veces no es bienvenido en primera instancia, por tanto, puede traer consigo aspectos que repercutan en el “yo” de quien se encuentra, haciendo entonces que aparezcan ideas que no hubieran aparecido, si no había tal encuentro.

Encontrarse con el otro, y hacer el trabajo del vínculo entonces es una oportunidad transformadora donde uno se nutre de la diferencia del otro, como lo explica Lévinas (1979) en relación a las distintas realidades que lleva consigo cada persona singular, diciendo “de esas realidades puedo nutrirme y, en gran medida, satisfacerme, como si me hubiesen faltado” (pag. 107). Lo vincular aparece entonces como producción de sentido, como una producción de realidades singulares que existen en el encuentro y ocurren gracias a la heterogeneidad de quienes componen el campo y uno comienza a transformarse cuando se permite a sí mismo trabajar desde la lógica del dos, hacer trabajo del vínculo, y reconocer aspectos propios que quizás nunca hubieran aparecido si no hubiese aparecido la incomodidad y extranjería del otro.

Conclusiones

A lo largo de la monografía se han contemplado diversas formas de comprender a la otredad y las repercusiones que esta puede tener en el campo clínico y en la identidad de uno mismo. Respecto a éste último concepto, es importante culminar mencionando a Lévinas (1979) quien trabaja sobre la identidad del sujeto y menciona un aspecto interesante sobre esta misma, diciendo que uno mismo “es” en soledad. En primer lugar afirma que “Decir que jamás existimos en singular es una trivialidad. Estamos rodeados de seres y de cosas con las que mantenemos relaciones.” (pag. 15).

De esta manera se contempla que el pensarse uno mismo en el encuentro con el otro en el campo clínico, es un trabajo de introspección para un evento que ocurre en cada momento en la cotidianeidad del sujeto, ya que no solo tenemos relación con un otro que es persona, sino también con un entorno que constantemente influye en la identidad del sujeto. Esto se asocia con el capítulo donde se menciona la influencia del mundo externo que determina al mundo interno del sujeto, ya que como lo explica Lévinas, “Mediante la vista, el tacto, mediante la empatía o el trabajo en común estamos con otros. Todas estas relaciones son transitivas, toco un objeto, veo a Otro. Pero yo no soy el Otro. Soy en soledad.” (pag. 15).

Al final, como enuncia Lévinas, uno es en soledad, y aunque aparezca un otro y repercuta en la historia de uno mismo, la diferencia radical termina por aclarar que cada persona es única, y aunque en ciertas circunstancias se puede llegar a caer en la idealización de la semejanza con un otro que parece tener ciertos aspectos parecidos con uno, o también que se le asocie y represente con un otro ya conocido, pero al final todas las personas son diferentes en su singularidad y en su propio existir, ya que como Lévinas enuncia “Los seres pueden intercambiarse todo menos su existir” (pag. 15).

Es realmente un trabajo el hecho de trabajar desde el vínculo, ya que como explica Lévinas, si cada persona existe en soledad, significa que el otro siempre estará portando ajenidad, y es que “La esencia del otro es la alteridad” (pag. 15). Pero sin un otro no se reafirmarían los aspectos identificatorios que hacen que uno, sea tal. Es por esto que la psicología desde su practicar, requiere de cierto desgaste debido al encuentro constante con la alteridad del otro. Por ello es que Carrasco explica que la psicología en dos palabras, es el encuentro.

Bibliografía:

- Avenburg, R (2004)“Sobre el encuadre en psicoanálisis”. Buenos Aires, Argentina. Rev. de. Psicoanálisis, APdeBA, Vol. XXVI, n. 1, 200
- Berenstein, I. (2004) “Devenir otro con Otro(s). Ajenidad, Presencia, Interferencia”. Buenos Aires, Argentina. Paidos.
- Berenstein, I. (2008) “Del Ser al Hacer; Curso Sobre Vincularidad” Buenos Aires, Argentina. Paidos
- Bleger, J (1967) “Psicoanálisis del encuadre Psicoanalítico” Buenos Aires, Argentina. Revista de Psicoanálisis.
- Deleuze, G. (1969) “Lógica del Sentido”. París, Francia. Les Éditions de Minuit
- Eksztain, M., Bianchi, G. (2008) “Perspectivas Vinculares en Psicoanálisis; Las prácticas y sus problemáticas” Buenos Aires, Argentina. Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo.
- Freud, S. (1910) “Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica”. Madrid, España. Amorrortu Editores.
- Laplanche, J., Pontalis, J., Lagache, D. (1996) “Diccionario de Psicoanálisis”. Buenos Aires, Argentina. Paidós.
- Lévinas, E. (1979) “El tiempo y el otro” Barcelona, España. Paidos,

- Kleiman, S. (2014) "Sin Centro, Desde el Medio" Buenos Aires, Argentina. CABA.
- Nancy, J. (2006) "El intruso" Buenos Aires, Argentina. Amorrortu Editores.
- Pavlovsky (1987) "La Crisis del Terapeuta" Buenos Aires, Argentina. Granica.
- Puget, J. (2015) "Subjetivación discontinua y psicoanálisis". Buenos Aires, Argentina. Lugar Editorial
- Puget, J (2007) "Cada vez nos conocemos menos" Buenos Aires, Argentina. APdeBA
- Rodriguez, J. (1998) "Dispositivo y Encuadre" México. Taigo.
- Safran, J., Muran, C. (2005) "La Alianza Terapéutica; Una Guía para Tratamiento Relacional" Bilbao, España. Desclee de Brower
- Todorov, T (1982) "La conquista de América: el problema del otro". Méxcio. Siglo Veintiuno Editores
- Ulloa, F. (1962) "Comunidad Clínica" Buenos Aires, Argentina. Universidad Nacional de La Plata